

discipulo; pero se le puede acusar á él mismo de haber cultivado mal á aquel niño, porque el delín no carecia de inteligencia y aun de memoria; un Fenelon habria hecho tal vez de él otro Marcelo. Pero Bossuet, educando al hijo, se ocupaba mucho mas en el padre. La juventud y la salud del rey prometian largos años de influencia á Bossuet.

Esta influencia estaba ya avanzada por medio de frecuentes comunicaciones con el rey, y reconocida por el clero que rodeaba al soberano. Bossuet gozaba en Versalles el rango de un ministro mas que de un preceptor. Su mesa era decente, pero espléndida. Sus salones se veian siempre llenos de gente, que acudia como á una fuente de gracias; cuando se paseaba por los jardines, los prelados y eclesiásticos mas distinguidos le formaban acompañamiento como el de una córte. La alameda del pequeño parque donde discurría con ellos paseándose tomó el nombre de la *Alameda de los filósofos*. Estos filósofos, discipulos y cortesanos del moderno Platon, entre los cuales habia otro Platon, eran Fenelon, Pelisson, el abate de Langeyron, el mas tierno de los amigos, que murió de dolor á la muerte de su maestro; la Bruyere el Moliere de los caracteres didáctico y epigramáticos; el abate de Longuerne, orador y escritor estudioso; Fleury, historiador de la Iglesia, y otros muchos sacerdotes ó seglares que agrupaban en torno de Bossuet el encanto, la libertad y la autoridad de aquellas conferencias.

«Qué grata, que deliciosa era la compañía de aquel hombre tan grande, escribe el abate de Choisy, arrepentido de las ligerezas de la juventud y convertido á las delicias castas de la edad madura. ¡Qué igualdad en su carácter! ¡Qué atractivo en su conversacion! Si la superioridad de su genio no le hubiese dado á conocer, su modestia y sencillez se habrían relegado al olvido.»

La conversacion pasaba comunmente de las cosas santas á las profanas, y los versos de Homero, Virgilio y Horacio resonaban en los labios de Bossuet por las alamedas de Versalles. De estos paseos salieron disertaciones y comentarios sobre la Biblia, los profetas y poetas sagrados; pero pronto distrajeron á Bossuet de esos comentarios las conferencias y polémicas que hubo de sostener con un célebre ministro protestante, llamado Claudio, ante el cual defendió enérgicamente su doctrina de la obediencia rigurosa á la autoridad.

«Jamás, dijo, tiene ningun particular el derecho de separarse de la Iglesia.—Pero, cuando Jesucristo apareció en Jerusalem, le respondió el ministro, la sinagoga era la Iglesia, y la sinagoga desconoció la verdad en Cristo. Si un solo hombre, separándose entonces de la sinagoga hubiese proclamado que Jesus era el Mesías, ¿no habria tenido razon contra la Iglesia?»

Estas conferencias, cuya gloria se abrogó cada uno, fueron una justa de controversia y de

talento, en que la autoridad del rey discernía de antemano el triunfo á su pontífice: la fuerza apoyaba al dogma. Bossuet publicó esta conferencia

XVII.

Muy en breve las vicisitudes de las inconstancias del rey llamaron á Bossuet á una intervencion mas delicada entre los ardores, los desdenes, los arrepentimientos religiosos y nuevos apasionamientos en el corazon del príncipe y de dos mugeres celosas. El rey, despues de haber adorado á la señorita de la Valliere, la víctima mas interesante de sus locos amores, comenzaba á amar á la Montespan, la mas imperiosa de sus favoritas.

La señorita de la Valliere, tan pronto esperando como desesperando reconquistar el corazon de Luis XIV, fluctuaba entre la córte y el claustro. El rey la retenia por orgullo mas que por ternura. Humillábale el escándalo que la fuga de su favorita á un convento daria á su inconstancia, y se negaba por lo tanto á conceder á la señorita de la Valliere el permiso de sepultarse viva y tan bella todavía en el claustro, conociendo que la indignacion del mundo se levantaria contra esta barbarie.

Por otro lado, estaba demasiado enamorado de Mad. de Montespan para sacrificarla á una conveniencia ó á un escrúpulo. Estos misterios, que la historia se atreve apenas á descubrir hoy por pudor, eran entonces la conversacion pública de la córte. Las revoluciones en sus gustos eran revoluciones en el Estado. Luis XIV, como hemos visto en la vida de Fenelon, no tenia ninguno de los pudores del vicio. Habia tanta distancia entre el monarca y los súbditos que la moral y la religion del pueblo se atrevian apenas á murmurar á los pies del rey. Se respetaba todo en el príncipe, hasta sus escándalos: formaban parte del derecho divino. Todos gemian, pero nadie se atrevia á juzgar á quien tan alto estaba.

Los ministros de la Iglesia, aun los mas severos, vivian en esta atmósfera de debilidad, y lo único que hacian era taparse la cara para no ver aquellas inconveniencias contra su traje. El rey los empleaba, ora en discutir, ora en perdonar sus debilidades. Bossuet fué empleado en desembarazar al rey de la señorita de la Valliere, que le estorbaba, en precipitar á esta favorita abandonada en el claustro con la energia de la piedad inflexible y en entregar sin saberlo al rey libre de rivalidad al ascendiente de otra muger, Mad. de Montespan. De esta suerte se conquistó el agradecimiento de los tres. El rey le debió la libertad, Mad. de Montespan el imperio y la señorita de la Valliere, el cielo. Los detalles de esta negociacion, en que el apostol fué, sin querer, el mas hábil de

los cortesanos, serian demasiado estensos para esta narracion. El obispo trató por sí mismo con Mad. de Montespan las condiciones de esta retirada de su rival. La nueva favorita se negaba á consentir en el enterramiento harto riguroso de la antigua, pareciéndole el ejemplo demasiado austero y peligroso para ella misma.

«La señorita de la Valliere, escribió Bossuet, me ha obligado á tratar de su vocacion con Mad. de Montespan. Nadie se cuida mucho de su retirada. Me parece que el convento de Carmelitas causa miedo. Se cubre de ridiculo esta resolucion estrema. El rey ha sabido que me habian hablado de ella; como nada me ha dicho, me he callado; aconsejo á la señorita la Valliere que acabe pronto.»

En fin, admira en las exclamaciones siguientes el valor de la víctima: «Su fuerza y su tranquilidad, escribió al piadoso mariscal de Bellefons, aumentan á medida que se aproxima el momento. Yo no puedo pensar en ello sin sentir continuas efusiones de accion de gracias. La huella del dedo de Dios es la calma y la humildad que acompañan á todos sus pensamientos; esto me encanta y me confunde. Yo hablo y ella hace; mios son los discursos, tuyas las obras. Cuando considero estas cosas, me asalta el deseo de callarme y ocultarme. ¡Pobre canal por donde las aguas del cielo pasan sin dejar apenas algunas gotas!...»

XVIII.

Despues sella con un admirable discurso sagrado, oracion fúnebre de una belleza notable, la piedra de la tumba sobre la señorita de la Valliere.

Este discurso de Bossuet era mas bien para representado, que para hablado, ú escrito. Era tan dramática aquella escena que Mad. de Sevigné, en aquel cuchicheo ligero de la época, escribió que las palabras no correspondian á ella, y la razon era porque la época estaba mas atenta á las palpitations del corazon, que á las palabras del predicador, porque ninguna palabra puede penetrar mas adentro en lo vivo del alma, ni resonar mas alta sobre los sollozos humanos. Aquella belleza, todavía en flor, arrancada en su primavera, consumida con el fuego que ella habia encendido y con el que no habia podido apagar en sí misma, ajada por una felicidad que se asemejaba demasiado á un desafío á la moral y que la envilecia elevándola, vendida al fin por la inconstancia y rechazada por la ingratitude del amor al sepulcro con un corazon todavía demasiado vivo, cubierta por la reina misma á quien habia ofendido con ese velo mortuorio que la envolvía en verguenza y perdon, en presencia

de aquella córte, testigo ayer de sus triunfos y hoy de su sepultura; en fin Bossuet, en el púlpito para dar voz á todas aquellas opresiones y á todos aquellos silencios del corazon, ¿qué mas necesitaba Mad. de Sevigné? ¿Pues qué no se detiene la elocuencia en los labios desde el momento en que las facultades de sentir y expresar se estancan en el corazon demasiado conmovido de los oyentes?

Y sin embargo la de Bossuet no se detiene aquí.

«Es necesario, dijo con un esfuerzo visible que parecia arrancar las palabras del alma, es necesario romper un silencio de tantos años y hacer oír aquí una voz que los púlpitos no conocen... ¿Qué hemos visto? ¿Y qué vemos? ¿Qué estado aquel y que estado este! No necesito hablar, las cosas hablan bastante por sí mismas!...»

Y señalaba con la accion aquella forma arrojada de muger arrojada allí como un cadáver bajo el sudario. Despues, como interrumpiéndose en sus pensamientos, se volvió hácia la reina y le dijo:

«Señora, mirad. He aquí un objeto digno de los ojos de una reina piadosa y clemente!...»

Recobrando al fin sus sentidos apartó de aquel espectáculo la atencion demasiado conmovida de sus oyentes, y se elevó á estas consideraciones grandiosas que son como la mortalidad de las lágrimas humanas.

«Los sentimientos de la religion, decia, son la última cosa que se borra en el hombre; nada los remueve mas, y sin embargo generalmente nada los cambia menos... ¿Es esto un prodigio? ¿Es un enigma de su naturaleza, ó es mas bien, si puedo hablar así, un resto de sí mismo, un vestigio de lo que era en su origen, un edificio arruinado que en sus paredes derruidas conserva todavía algo de la belleza y grandeza de su primera forma? Ha caído convertido en ruinas por su voluntad depravada; el techo ha aplastado las paredes, y las paredes los cimientos; pero que se remuevan estas ruinas y se hallarán en los restos del edificio derrumbado y en las huellas de los cimientos, la idea del primer dibujo y la marca del arquitecto. La impresion de Dios en él es tan fuerte que el hombre no puede perderla, y al mismo tiempo tan débil que no puede seguirla, en términos que parece no haber quedado sino para convencerle de su caída y hacerle sentir su pena!...»

¿Qué filosofía podia salir mas magestuosa y patética de tal escena interpretada por un pontífice? ¿Y qué emocion podia aventajar al apóstrofe del pontífice á la muger culpada, medio sepultada ya bajo sus ojos?

«¡Y vos, descendid, id al altar, víctima de la penitencia! ¡id á acabar vuestro sacrificio! ¡El fuego está encendido! ¡El incienso está preparado! ¡la espada está desenvainada! La espada es la palabra que vais á pronunciar, la

palabra que separa el alma de sí misma para adherirla únicamente á Dios.

¿Qué cosa sobrehumana se esperaba de Bossuet, si tales palabras no correspondieron á la espectacion pública?

La señorita de la Valliere entró en su sepulcro á esta voz, y allí pasó cerca de cuarenta años entre sus dos muertes.

XIX.

ero Bossuet no había acabado: obra lanzando en la eternidad á la primera favorita del rey por mano de la segunda; quería purificar la corte y arrancar tambien de los brazos del rey á madama de Montespan.

Luis XIV, luchando entre la pasión que hacia largo tiempo alimentaba por aquella muger y los escrúpulos de su conciencia, reavivados por Bossuet, hacia ó aparentaba hacer esfuerzos que acababan siempre por someterle mas irresistiblemente bajo el yugo de su idolo.

Ya muchos hijos, elevados al rango de príncipes legitimados atestiguaban la constancia y casi la insolencia de aquella pasión. La reina había muerto; pero el marido de madama de Montespan vivia. Ninguna union, aunque fuese oculta, podia cohonestar semejante falta. El rey procuraba algunas veces disculpar la presencia de su favorita en Versalles, afirmando que el amor apagado ó reprimido no acriminaba ya su adhesion á ella. Otras veces, en los aniversarios religiosos la alejaba por algunos dias de Versalles á fin de que su presencia en el palacio no le obligase á prohibir por medio de su clero el uso de los misterios.

Por otro lado, una muger cuyo carácter ha quedado siendo un enigma, pues tanto es el interés que hay en su virtud y tan verdadera la piedad que se nota en su ambicion, madama de Maintenon se insinuaba por los artificios mas femeninos en los ojos, en el espíritu y los hábitos del rey. Aquella muger de talento llevaba todavia en su nombre de viuda de Scarron y de amiga de la cortesana Ninon la marca de su oscuridad y de su mala fortuna recientes. Sin sospechar madama de Montespan lo ambicion de aquella protegida, pero encantada de su talento y compadecida de su miseria, la había acercado á su lado y al del rey confiándole sus hijos. De confidenta pasó madama Scarron á ser rival. Su belleza madura, su razon tranquila, sus gracias disimuladas, sus seducciones involuntarias en la apariencia, su piedad pública y notoria, aunque indulgente con las debilidades de su rey y de su protectora, en fin, esa especie de capricho de los sentidos que sorprende á los hombres en la sociedad del amor venturoso y que les hace concebir encantos inesperados en los descubrimien-

tos y en las sorpresas agradables de la belleza hasta entonces invisible á los demas y á sí mismos, todo esto comenzaba á remover en el corazon del rey inclinaciones vagas hacia aquella muger tan desigual al trono. Madama de Maintenon se le aparecia como un delicioso descanso del corazon despues del tumulto de sus pasiones presentes; su severidad misma le agradaba, complaciéndose en ser respetuosamente reconvenido por ella sobre el desorden de su corazon. En su piedad se apoyaba ella para aconsejarle, sin que lo supiera madama de Montespan, que rompiera para siempre un vinculo criminal á los ojos de Dios y gastado á los de los hombres; dominaba sobre su corazon por medio de su conciencia; retenida en la corte por el cuidado de los hijos del rey durante los alejamientos forzados de la madre, la aya tenia á su disposicion los oidos del príncipe á todas horas; conocia los disgustos y las amarguras de aquel comercio tempestuoso de madama de Montespan y del rey; uníase al clero para estimular al príncipe á refugiarse en la devocion. Esta debía entregarle un rey sin rival. Conocia el imperio de Bossuet sobre la conciencia de Luis XIV por la parte que había tomado en la reclusion de la señorita de la Valliere, y estaba muy lejos de amar aquel genio demasiado superior cuya altivez, severidad y dominacion temia por instinto. Era demasiado política para admitir un dia entre ella y el rey un segundo cardenal de Richelieu. Oponiase secreta é indirectamente á que presentasen al papa para la púrpura romana un hombre tan temible; pero á fin de no malograr el plan que había urdido para alejar del rey á madama de Montespan, no esquivó el trato de Bossuet.

Escribia en aquella época á una confidenta: «Bossuet no tiene el genio político; está destinado á ser siempre juguete de la corte.»

Este juicio era falso, como todos los juicios interesados. El genio de Bossuet era eminentemente político; pero su carácter no era intrigante. La intriga es la política de la debilidad; madama de Maintenon podia engañarse y se engañó en efecto; la posteridad no se engañará.

Sea de esto lo que quiera, Bossuet, realmente juguete de su virtud y de los intereses de una muger no hipócrita, pero ambiciosa, representó en el alejamiento de madama de Montespan en provecho de la Maintenon, exactamente el mismo papel que había representado en el alejamiento de la señorita de la Valliere en provecho de madama de Montespan. Habló, escribió y procedió como apóstol; no temió ofender al rey, oponiéndole las reglas indexibles de la Iglesia; hizo negar los sacramentos á madama de Montespan y alcanzó del rey la promesa de no acercarla jamás á él en Versalles.

Una mirada, una palabra y una reconvenccion tierna de madama de Montespan triunfaron frecuentemente del apóstol. El amor ron-

pió aquellos juramentos. Madama de Montespan recobró su imperio; Bossuet la vió por orden del rey; quiso introducir la turbacion en su conciencia, pero no obtuvo otra cosa que respetos aparentes, y un odio secreto. Madama de Montespan hizo buscar en todas partes indicios de debilidad en la vida del pontífice para desacreditar su virtud á los ojos del rey; pero nada se encontró; la vida era casta y la piedad no tenia mas vicio que su exceso. Bossuet quedó humillado con su impotencia, pero reverenciado de todos.

Sin embargo, la naturaleza, el tiempo, la sociedad y las borrascas en la pasión, y mas que nada, el trabajo lento, asiduo, subterráneo de madama de Maintenon espiando á todas horas el corazon y los arrepentimientos del rey, hacian lo que la piedad sola no había podido hacer. Madama de Montespan fué vencida y alejada por la que le debía todo, hasta la ocasion de vencerla. Aparentó no ser reemplazada sino por Dios en el alma del rey, pero no se engañaba, lo había sido por la nueva favorita. Madama de Montespan murió de humillacion y tristeza. La de Maintenon encendió cada vez mas la pasión muda que el rey la profesaba. Oponiéndole una virtud inflexible, exaltó aquella pasión hasta el delirio. La viuda de Scarron llegó á ser esposa de Luis XIV. La destreza y la piedad la colocaron con sus manos unidas casi sobre el trono. Su talento superior la sostuvo en él, reinando cerca de medio siglo. Su reinado lo fué del sacerdocio por el ministerio de una muger. Ya se sabe lo demas.

Necesario era contar todo esto para comprender la parte de Bossuet en las vicisitudes de corte que produjeron y acompañaron aquel reinado de una favorita de los ojos, hecha reina por los escrúpulos de la conciencia.

TERCERA PARTE.

I.

Despues de la educacion del delfin, príncipe cuya ineptitud no desagradaba demasiado á su padre, se pensó en recompensar á Bossuet por sus esfuerzos, y acaso por su mal éxito, en la obra de preparar un heredero para el trono. Luis XIV no queria si no subalternos en cuantos le rodeaban, incluso sus hijos. El joven príncipe pidió para su preceptor el obispado de Beauvais, que había quedado vacante. Luis XIV no quiso acceder, porque este obispado daba á su poseedor el título y el rango de duque y par, que su orgullo no podia acostumbrarse á ver asociado á un nombre demasiado plebeyo.

El genio á sus ojos podia muy bien engrandecer, pero no ennoblecia á los hombres. Este defecto de ilustre nacimiento en Bossuet fué el obstáculo insuperable de su elevacion á las grandes diócesis y á los grandes honores de su profesion. Aunque honrada su familia con la magistratura no tenia el esplendor de las razas de espada y corte, pues solo pertenecia á aquellas donde el rey tomaba sus ministros, pero no sus pares.

El arzobispado de París, al cual aspiró siempre sordamente, como al trono del patriarcado francés que la naturaleza parecia discernirle, fué dado á M. de Harlay, prelado de espíritu servil y costumbres sospechosas, que no tenia de título mas que su nombre. Se dió á Bossuet el obispado subalterno de Meaux, sobre el cual reflejó su gloria. Bossuet tenia el genio demasiado ambicioso para no sentir la humillacion y esas preferencias de la corte á los hombres de corte; pero tenia el alma demasiado grande y la fé demasiado viva para no despreciar todas esas mezquindades. Consagróse á su iglesia de Meaux como un deber que le imponia el cielo.

Antes de tomar posesion de su palacio episcopal, fué á hacer sus ejercicios al lado de su amigo el abad de Rancé en el monasterio de la Trapa, en esa morada de abnegacion y humildad. Aquellos ejemplos de mortificacion voluntaria le endurecian en las mortificaciones del mundo. El abad de Rancé le hablaba como del otro lado de la tumba. El mundo se desvanecia para ellos en estas pláticas. Bossuet, durante los dias que pasó esta vez, y frecuentemente mas tarde en esta soledad, se sujetó á todas las maceraciones, á todos los insomnios y á todas las privaciones de aquella vida, ó mas bien, de aquella muerte lenta de los cenobitas. No se puede poner en duda la sinceridad de una piedad que se despojaba de los hábitos de la corte y de los esplendores del episcopado para cubrirse de aquella ceniza y de aquellos cilicios.

Desde este momento compartió su tiempo entre su palacio de Meaux y su campiña de Germigny y Versalles; pontífice en Meaux, filósofo en Germigny y político en la corte.

II.

Llegamos á la época de su vida en que la política en él pareció absorber al filósofo y al pontífice. No juzgaremos su conducta en la gran contienda que sostuvo para la emancipacion del poder real, ni desde el punto de vista galicano, ni desde el punto de vista romano, sino desde el de la historia. Estraño á estos debates de la Iglesia consigo misma, nos será mas fácil la